

Paula Sarrais

Y-6D

## Todos Iguales

Erase una vez, había un campesino muy pobre, llamado Alberto que trabajaba duro durante largas jornadas. Era alto bastante flaco no se le veía muy bien el color de piel porque estaba extremadamente sucio, no tenía dinero para lavarse y además era moreno de pelo. Llevaba una camisa blanca llena de manchas marrones y agujeros, también llevaba unos pantalones anchos y marrones. Desgraciadamente, no tenía zapatos y los pies los tenía llenos de ampollas.

Vivía con su familia, su hijo Nuño, sus tres hijas Leonor, Elvira y Mencia y su mujer Beatriz. Vivían en una pequeña aldea junto a otros campesinos. La aldea estaba justo al lado del gran feudo donde trabajaban él, su familia y algún otro campesino. El tejado de su casa estaba hecho de paja y palos. Las paredes estaban hechas de un espeso barro blanco que se había secado y ahora estaba duro aunque cuando llovía se les destrozaba, trabajaban duro para volver a construirla.

Por otro lado estaba el señor feudal dueño de las tierras en las que trabajaban Alberto y su familia. El señor feudal vestía con una larga y blanca túnica hecha de seda. Llevaba un cinturón hecho de cuerda dorada y además unas botas de cuero marrón que no se conseguían fácilmente.

— Trabajar, trabajar, trabajar —decía egoístamente y furioso

Cada vez quería que trabajaran más, se enfadaba porque quería que las cosechas fueran mejores

— Es imposible — decía un campesino muy trabajador

— No se puede hacer — decía Beatriz sin parar de trabajar

— Se necesitan milagros si quieres que se cumpla — decía Alberto

Después de un rato quejándose, un mago que por casualidad pasaba por el feudo les preguntó.

— ¿Os gustaría que os ayudara? — dijo el mago amablemente

— ¿Como nos puede ayudar? — pregunto Alberto sin esperar una respuesta

— Soy un mago os puedo intercambiar— comento el mago

— ¿A quién vas a intercambiar? — dijo Beatriz sorprendida

— Al señor feudal y su familia por vosotros— respondió el mago muy confiado

— Estoy de acuerdo — respondió Nuño

A la mañana siguiente los campesinos se levantaron en una cama más cómoda que la suya. En cambio el señor feudal y su familia se encontraron tumbados en un suelo lleno de barro y dispuestos a trabajar el resto del día sin parar.

Los campesinos al tener esa gran oportunidad, empezaron a mandar.

— Trabajad, trabajad, trabajad —repetía Alberto una y otra vez a el señor feudal y a su familia.

Mientras tanto el señor feudal llamaba a sus sirvientes

— Sirvientes, sirvientes me están mandando —

— ¡ Socorro, ayudarme! —

De repente apareció el mago se estaba riendo un poco después de calmar la risa dijo firmemente.

— ¿A usted le gusta que le manden y trabajar así, como tú haces?—

— Me arrepiento de mandar — dijo el señor feudal muy arrepentido

— Venga, vete a dormir, mañana estarás en tu castillo espero que cambies — le advirtió el mago

— Si señor — dijo el señor feudal con certeza

Al día siguiente todo el mundo estaba en su sitio con las misma ropa excepto el señor feudal.

— No hace falta que trabajéis deprisa tomaos vuestro tiempo — dijo amablemente.

Y así es como el señor feudal y los campesinos llegaron a un acuerdo ( Nadie tratará a nadie mal otra vez.)

Y todos vivieron felices y comieron perdices